

AUTORES Y LIBROS

De Juvencio Valle a Oscar Castro

Juvencio Valle, ochenta y ocho años de vida, hoy, precisamente. No poco para el promedio de la existencia de un hombre normal. No mucho, sin embargo, para la bondad luminosa del autor de "Nimbo de piedra". En 1966 un jurado a cuya cabeza se distinguía el rector de la Universidad de Chile, profesor Eugenio González Rojas, artista un tanto solitario en los ejercicios de la prosa narrativa y en el ensayo de meditación filosófica, acordó, por unanimidad, otorgar al poeta nacido el 6 de noviembre de 1900 en Villa Almagro (Cautín) el Premio Nacional de Literatura. Consta a testigos del caso el empeño puesto por el rector Eugenio González en la tarea de hacer justicia a la obra de Juvencio Valle. El año inmediatamente anterior —1965— había pasado lo mismo con Pablo de Rokha. Este último se apresuró a emitir el consabido juicio digno de Pablo de Rokha al enterarse del triunfo de Valle: "Un buen poeta de macetero". Olvidándose del maestro Eugenio González, olvidándose de amigos que lo habían acompañado en 1965 en la obtención de su victoria, Pablo de Rokha ("genio y figura hasta la sepultura") no se resistió a la tentación de sofocar con una inscripción lapidaria las celebraciones.

¿Cuál era el pecado de Juvencio Valle? No tanto el de la magnitud reducida —según De Rokha— de su jardín como el hecho de ser "compañero de ruta" de Neruda. Se sabe de sobra cómo es Juvencio Valle. Tranquilo, sencillo, callado, sensitivo, impasible. Aparentemente hay una contradicción entre el rasgo de la gran sensibilidad y lo imposible de su carácter. En Juvencio Valle, con toda la paradoja del episodio, es así. Fue siempre así. Será siempre así. Como un ídolo antiguo, quizás de origen oriental, Juvencio Valle es el eterno hombre que sólo sonríe. Sus necesidades de expresión hablada resultan mínimas. Algunos las han creído incluso inexistentes. Nunca. Nunca. Juvencio Valle ("Silencio Valle" o "Juvencio Silencio" que mentaba Neruda) se guarda para los momentos solemnes, únicos, verdaderos, trascendentes. En 1966, poco después del Premio, invitado por el Presidente Frei a un almuerzo en La Moneda, llegó el momento inevitable del uso de la palabra. Temblamos. Nos invadió el miedo de que el poeta se paralizara, enmudeciera,



Juvencio Valle

ra, enmudeciéndose. La voz de Juvencio Valle sonó firme, resuelta, grata, para disipar todas las aprensiones. Sin un papel en la mano, se dirigió al Presidente de la República y al resto de los conensales. Habló de la poesía y del papel del poeta en una sociedad libre. Al final, aplausos, regocijo, felicitaciones sinceras del Presidente.

De moda ahora los "partidos instrumentales", fruto acaso de la excepcional situación de veda de las libertades políticas en que hemos vivido, el nombre de Juvencio Valle no escapa, infortunadamente, a la exigencia prosaica del servicio político. Determinada causa, a la que no ha desmentido nunca adhesión civil, lo reclama de cuerpo entero, especialmente en el eco de gloria y notoriedad que labra su poesía. ¿Justo? ¿Injusto? Desde luego, Juvencio Valle, poeta, es mucho más que su "compromiso" político. La trama social supone responsabilidades ineludibles, sin duda. En la década del 40, en ocasión de la barbarie nazi, el poeta norteamericano Archibald Mac Leish escribía contra los poetas "encerrados en su torre de marfil" en momentos gravísimos. Su análisis, bajo casi igual título, constituía el pensamiento inverso de Julien Benda, autor de "La traición de

los intelectuales". Para Mac Leish el intelectual estaba obligado a asumir, al margen de su obra, el compromiso social que le imponía su tiempo. La militancia contra Hitler debía ser asumida como defensa de la condición democrática. Algunos años antes, Julien Benda había predicado que todo "hombre de letras" que se aparta de la estricta moral de su oficio para incurrir en desvíos mundanos no hace otra cosa que traicionar la misión creadora de la inteligencia.

No abriremos debate de nuevo en torno al dilema. Queda en pie, eso sí, la naturalidad eminentemente poética del poético Juvencio Valle. Años atrás, a propósito de uno de sus festivos aniversarios, nos formuló por teléfono un tímido alcance en relación con un artículo en que atribuíamos a Oscar Castro los versos tan "castrianos" que dicen "Tengo una gota de agua pura/ atravesada en la garganta". Curiosamente, como sucede a menudo, nos confundíamos entre el maestro y el discípulo. De hecho, Oscar Castro había sido el discípulo. Pero, por serlo en tal cuantía, no demoraba en adquirir el pulso del maestro. Ruborizados, fuimos en busca de la "Antología de Juvencio Valle" (Zig-Zag, 1966) preparada por Alfonso Calderón. Dimos con el poema: "Paisaje arriba". Bello, rural, tierno, como una estampa de Juan Ramón, suave y fino como todo lo que brota de la pluma de Juvencio Valle. Mas, ¡ay!, de pronto una palabra... ¿Qué? Donde debía decir "gota" decía "copa". En el texto antológico se leía "Tengo una copa de agua pura/ atravesada en la garganta...". Nos faltaba, como recurso de casación, la "Antología de poesía chilena nueva" (Zig-Zag) publicada en 1935 por los jóvenes e inseparables vates Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim. Encontramos así la versión correcta: "Caballo de oro, aquí te espero./ Enfermo estoy, barra de plata./ Tengo una gota de agua pura/ atravesada en la garganta". Ah, en esta "Antología" de Anguita y Teitelboim se indica que Juvencio Valle nació en 1905, no en 1900. Nadie es infalible. Ni siquiera Juvencio Valle, que en verdad se llama Gilberto Concha Ríffo.

• Filebo

De Juvencio Valle a Oscar Castro [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De Juvencio Valle a Oscar Castro [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile